

Recibiendo al patrón. Reacciones ante las visitas de presidentes de Estados Unidos¹

Leandro Morgenfeld*

Resumen

Sólo seis presidentes de Estados Unidos visitaron la Argentina durante el ejercicio de su mandato: Roosevelt (1936), Eisenhower (1960), Bush (1990), Clinton (1997), Bush Jr. (2005) y Obama (2016). Cada una de estas visitas respondió a objetivos estratégicos y generó una singular respuesta en la Argentina, que estudiamos en función de determinar en qué medida condicionaron las políticas exteriores y en particular el vínculo con Estados Unidos. Si bien son varios los autores que han llamado la atención sobre la importancia de los factores internos en la adopción de determinada política exterior, son pocos los estudios específicos que desarrollan en profundidad dichos condicionantes. En general, cuando se abordan las variables internas, éstas quedan reducidas al accionar del poder ejecutivo y de la cancillería -actores centrales sin lugar a dudas- sin dar lugar a otras fuerzas sociales y políticas que también se expresan y tienen su injerencia. En este artículo, abordamos el contexto de la relación bilateral en el momento de cada visita, los objetivos de cada gobierno y las reacciones que suscitaron en la Argentina.

Palabras clave: Estados Unidos - Visita Presidencial - Reacción popular - Política Exterior

Abstract

Only six US presidents visited Argentina: Roosevelt (1936), Eisenhower (1960), Bush (1990), Clinton (1997), Bush Jr. (2005) and Obama (2016). Each of these visits responded to strategic objectives and generated a singular reaction in Argentina, which we study in function of determining the extent to which conditioned the foreign policy and in particular the link with the United States. While there are several researchers who have paid attention to the importance of internal factors in the adoption of certain foreign policy, there are few specific studies focused on developing such constraints. In general, when the internal variables are addressed, they are reduced to the actions of the authorities, without giving attention to other social and political forces. In this article, we explain the context of the US-Argentine relationship at the time of

¹ Este artículo es parte de la investigación desarrollada en el marco del Proyecto PIP CONICET (2015-2017) "Los condicionantes domésticos de la inserción internacional argentina. Presiones, debates y movilizaciones en torno a la política exterior desde la década de 1960 a la actualidad" y del Proyecto UBACyT (2016-2017): "Política exterior, inserción económica internacional y movilización popular a lo largo de dos décadas turbulentas de la historia argentina (1963-1983)".

* Universidad de Buenos Aires (UBA), Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (IDEHESI), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).
E-mail: leandromorgenfeld@hotmail.com

each visit, the objectives of each government and the reactions that arose in Argentina, both for and against the deepening of bilateral ties.

Key words: United States - Presidential visit - Popular reaction - Foreign Policy

Recepción del original: 29/08/2017

Aceptación del original: 23/10/2017

Introducción. Las visitas presidenciales como momentos destacados de la relación bilateral

Sólo seis presidentes de Estados Unidos visitaron la Argentina durante el ejercicio de su mandato: Roosevelt (1936), Eisenhower (1960), Bush (1990), Clinton (1997), Bush Jr. (2005) y Obama (2016). Cada una de estas visitas respondió a objetivos estratégicos, generó demandas y expectativas particulares en la Argentina, incidió en la relación bilateral y a la vez generó movilizaciones populares. En los estudios sobre la política exterior argentina, en general se presta poca o nula atención al movimiento social que puede surgir alrededor de las medidas o las posiciones adoptadas por los gobiernos. Al igual que otros actores internos no gubernamentales, los movimientos sociales y populares pueden contarse entre los factores internos que condicionan la política exterior.¹

Roosevelt llegó a Buenos Aires para participar en la inauguración de la Conferencia de Consolidación de la Paz, que reunía a los representantes de los países americanos. El 1 de diciembre de 1936, en el Congreso Nacional, dio el discurso de apertura de ese cónclave, interrumpido nada menos que por el hijo del presidente argentino, Liborio Justo, al grito de “Abajo el imperialismo yanqui”, que se coló en la transmisión radial. Estados Unidos venía siendo cuestionado y resistido por las numerosas intervenciones militares que habían violado la soberanía de los países latinoamericanos en el primer tercio del siglo XX. Por haber protagonizado aquel escrache, Justo fue detenido por la policía y apresado durante varias semanas.

Medio siglo más tarde sería emulado por el entonces diputado de Izquierda Unida Luis Zamora, quien increpó a George Bush mientras le rendían homenaje en el Congreso Nacional. Con ese simple gesto, todavía recordado, logró romper la idílica puesta en escena de las nacientes relaciones carnales. Corría el año 1990, se imponía el *Consenso de Washington* y Menem abandonaba su retórica nacionalista para alinearse tras los mandatos de la gran potencia del norte. En esa oportunidad fue el vicepresidente Eduardo Duhalde, a cargo de la sesión, quien se interpuso para evitar que Zamora incomodara con sus acusaciones a Bush. El sucesor de Reagan, a modo de desagravio, recibiría esa misma tarde el convite de Menem para jugar al tenis en la Quinta de Olivos, iniciando así

¹ María Cecilia MÍGUEZ y Leandro MORGENFELD, “Política exterior y movimiento social: análisis de grandes manifestaciones frente a destacados visitantes extranjeros en la Argentina (1963-1983)”, *Trabajos y Comunicaciones*, Universidad Nacional de La Plata, núm. 45, marzo 2017.

una relación personal que se profundizaría pocos meses después, cuando Carlos Saúl se transformó en el primer presidente peronista en visitar la Casa Blanca.²

Pero las protestas contra mandatarios estadounidenses no se limitaron a acciones individuales, como las que protagonizaron Justo o Zamora, sino que en otras ocasiones incluyeron movilizaciones masivas. En 1958, el vicepresidente Richard Nixon, que aspiraba a suceder a Dwight Eisenhower -aunque no lo logró en las elecciones de 1960, ya que en su camino se interpuso el joven ascendente John F. Kennedy-, hizo una recorrida por algunos países latinoamericanos y sintió en carne propia cuán poco amada era su patria en Nuestra América. Sufrió diversas hostilidades en Argentina -en Buenos Aires, había asistido el 1 de mayo a la asunción de Arturo Frondizi-, Uruguay, Ecuador, Colombia, Perú y Venezuela. En Caracas, el 13 de mayo, su vehículo fue atacado a pedradas y debió ser virtualmente rescatado por naves de guerra y compañías aerotransportadas estadounidenses.

Cuando accedió finalmente a la presidencia, en enero de 1969, Nixon encomendó a su ex rival en las internas, el gobernador neoyorkino Nelson A. Rockefeller, que emprendiera una gira por veinte países de la región, para recomponer el vínculo y contrarrestar la atracción que generaba la revolución cubana. Ese periplo fue catalogado como el *Rocky Horror Road Show*, por la oleada de manifestaciones contrarias y sentimientos anti-yanquis que generó. Su llegada a la Argentina fue precedida por numerosas protestas, contra su figura y contra el gobierno argentino, que llevaba tres años de dictadura y represión. Su arribo fue precedido por más de 2000 expertos, que dispusieron un esquema de seguridad sin precedentes. Juan Carlos Onganía, previendo movilizaciones estudiantiles contra el enviado de Nixon, había ordenado el arresto de más de un millar de personas, acusadas de ser “agitadores comunistas”. La CGT de los Argentinos había anunciado un paro nacional para el martes 1 de julio, el último día de Rockefeller en la Argentina.³

Todas las crónicas de la época reconstruyen las amplias movilizaciones de protesta contra Onganía y el enviado de Nixon: Buenos Aires, Córdoba, La Plata y Rosario fueron el epicentro de las protestas. Además de las múltiples marchas, hubo acciones contra empresas estadounidenses, como Rosario Refrescos Coca Cola (estalló un artefacto explosivo en la fábrica), Xerox, el Bank of America o la cadena de supermercados Minimax, propiedad del grupo Rockefeller, cuyos locales fueron incendiados, tras lo cual la empresa decidió retirarse del país. También hubo expresiones artísticas en contra de la visita del gobernador neoyorkino, entre las que se destacó la que organizaron 62 artistas plásticos -entre los cuales se encontraba el pintor Ricardo Carpani-, quienes se reunieron en Buenos Aires para montar una muestra de repudio, titulada “Malvenido Mister Rockefeller”. La misma fue clausurada violentamente al día siguiente de su inauguración, siendo destruidas luego varias de sus obras.

Los estudiantes nucleados en la Federación Universitaria Argentina y el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, por su parte, repudiaron enérgicamente la visita del enviado de Nixon. La respuesta del gobierno dictatorial fue la represión, seguida de más represión. Dispuso nada menos que 40.000 efectivos de las distintas fuerzas de seguridad para blindar a la comitiva de Rockefeller. La mayor movilización de protesta, apoyada por el peronismo, el radicalismo y los partidos de izquierda, se realizó en la Plaza Once de

² Leandro MORGENFELD, “El amigo americano. Obamanía en la Argentina”, *Revista Anfibia*, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, 25 de marzo de 2016.

³ Leandro MORGENFELD, “Nelson A. Rockefeller en la Argentina: una visita incómoda tras el Cordobazo”, *Revista Taller, Segunda Época*, Buenos Aires, vol. 2, núm. 2, julio 2013, pp. 90-104.

Buenos Aires el viernes 27 de junio. Allí fue asesinado el periodista Emilio Jáuregui, víctima fatal del accionar policial. Éste había sido representante sindical de los trabajadores de prensa, sindicato que fue intervenido tras el golpe de 1966.

La visita de Clinton -la cuarta de un mandatario estadounidense- se produjo en 1997, en pleno auge de las relaciones carnales. Aprovechó la oportunidad para anunciar que había notificado al Congreso de su país la iniciativa de designar a la Argentina como aliado extra-OTAN. Como premio por su alineamiento, nuestro país pasaría a ser parte del selecto grupo que integraban Australia, Egipto, Israel, Japón, Jordán, Corea del Sur y Nueva Zelanda. Argentina, que había abandonado el Movimiento de Países No Alineados, desmantelado el proyecto del misil Cóndor y enviado tropas al golfo en 1991, para sobreactuar su subordinación a Estados Unidos, era exhibida además como el alumno ejemplar del FMI -convertibilidad mediante, en el marco de la aplicación del Consenso de Washington- y como el país a imitar por los demás emergentes. Buena parte de las conversaciones entre Menem y Clinton giraron en torno a la concreción el proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que Estados Unidos estaba discutiendo formalmente desde la Cumbre de las Américas de Miami (1994), y sobre el que se avanzaría en la siguiente reunión de mandatarios americanos, prevista para pocos meses después en Santiago de Chile. Clinton, entonces, no solo vino a sacarse fotos, sino a intentar doblegar a un país que, un siglo antes, durante la Primera Conferencia Panamericana (1889-1890), había frustrado las expectativas estadounidenses de erigir una Unión Aduanera a nivel continental.

Fue homenajeado con un gran banquete en La Rural, en cuyas inmediaciones hubo una nutrida movilización de organizaciones sociales y políticas que se manifestaron, frente a la embajada estadounidense, para rechazar su presencia al grito de “Clinton go home”. Por una ironía del calendario, Clinton estuvo en el país el 17 de octubre, el día de la lealtad peronista. Para evitar que le recordaran aquella consigna de hace 70 años, “Braden o Perón”, partió ese día hacia Bariloche, donde concluiría su estadía en la Argentina.

La visita de Bush a Mar del Plata, en noviembre de 2005, es quizás la más recordada. En el marco de la IV Cumbre de las Américas, la marcha y los actos contra Bush superaron todas las expectativas. En esta oportunidad debía haberse aprobado el ALCA. Sin embargo, Mar del Plata se transformó en la tumba de ese proyecto hegemónico impulsado por Estados Unidos para consolidar su hegemonía económica. Hubo una inmensa movilización en las calles de la ciudad balnearia, con dos consignas fundamentales: “No al ALCA” y “Fuera Bush de la Argentina y América Latina”. El mandatario estadounidense era especialmente resistido por haber invadido Irak, en 2003, con información falsa sobre armas de destrucción masiva y sin el aval de las Naciones Unidas. En todo el continente, además, venía resistiéndose contra el ALCA, a través del Foro Social Mundial (en enero de ese año, cerró con una movilización de más de 100.000 personas en Porto Alegre, para oponerse a ese proyecto hegemónico de Estados Unidos), de Autoconvocatorias No al ALCA y de iniciativas de distintas coordinadoras sindicales de trabajadores y campesinos. En Mar del Plata, en forma paralela al evento oficial, se desarrolló una nutrida Cumbre de los Pueblos, un acto en el estadio mundialista y una movilización callejera que convocó decenas de miles de personas en las inmediaciones de la reunión de los mandatarios. Esta masiva demostración popular, que expresaba el cambio en la correlación de fuerzas

políticas y sociales en el continente, permitió derrotar un proyecto que pocos años antes parecía inexpugnable.⁴

Bush se marchó furioso por la derrota política que le habían propinado en la cumbre y no disimuló su enfado. En la década siguiente, ni él ni Obama visitaron la Argentina ni tampoco recibieron en Washington a Néstor ni a Cristina Kirchner. La relación bilateral alcanzó altos niveles de distanciamiento. Luego de una década de retroceso estadounidense en América Latina, Obama intentaba reposicionarse en su *patio trasero* impulsando una restauración conservadora y debilitando el proyecto alternativo bolivariano y las iniciativas como la UNASUR y la CELAC. El triunfo de Macri, al que apostó la Casa Blanca, fue considerado en Washington como una oportunidad histórica para capturar un aliado que opere como ariete contra los gobiernos más autónomos de la región. Eso explica que Obama haya encontrado un hueco en su cargada agenda para viajar hasta la Argentina, luego de la histórica visita a Cuba, del 20 al 22 de marzo de 2016. El problema es que, al anunciar que estaría en nuestro país el 24 de marzo, desató un fuerte debate y una oleada de críticas por parte de referentes políticos y sociales y representantes de organismos de derechos humanos, entre los que se destacaron las Madres, Abuelas, HIJOS y el premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel, quien le envió una carta abierta a Obama, pidiéndole que evitara la provocación de venir a la Argentina en una fecha tan poco feliz. Esta coincidencia obligó a Macri a sobreactuar un compromiso con los derechos humanos que hasta ahora había evitado. Debió visitar por primera vez la ex ESMA y recibir a Estela Carlotto. Frente a la polémica, la Casa Blanca recalculó y finalmente anunció una modificación del itinerario de la visita, restringió la estadía de Obama en Buenos Aires al 23 de marzo, para partir al día siguiente hacia Bariloche, en plan descanso familiar.

Un importante número de organizaciones políticas y sociales, sindicatos y organismos de derechos humanos se manifestaron el 24 de marzo, contra el ajuste con represión que viene ensayando Macri en sus primeros 100 días y contra la presencia de Obama, representante del mayor poder imperial a nivel mundial. Aunque Macri no es Onganía, ni Obama es Nixon o Rockefeller, una vez más se conjugaron las demandas internas con una movilización antiimperialista. Ese día, cientos de miles de personas desbordaron la Plaza de Mayo, en una de las movilizaciones más grandes de la historia. Pocas horas antes, Macri y Obama realizaron un acto en el Parque de la Memoria. El presidente argentino desistió finalmente de viajar a Bariloche para jugar al golf con Obama, tal como se había planificado originalmente. Miembros del equipo de comunicación de la Casa Rosada intentaron evitar una foto como la de Menem jugando al tenis con Bush en Olivos, o Clinton al golf en Bariloche. En el día del 40 aniversario del inicio de la última dictadura, juzgaron, una foto de ese tipo asociaría a Macri con las *relaciones carnales* de los años noventa.

La llegada de Trump a la Casa Blanca, en enero de 2017, supuso un desafío para Macri, quien lo visitó el 27 de abril. Allí el mandatario republicano se comprometió a venir a la Argentina en 2018, cuando se realice aquí la cumbre presidencial del G20. La duda, por cierto, es si esa visita se parecerá a la de Obama, o más bien a la de Bush, en 2005, dado el fuerte rechazo internacional que concita el magnate neoyorquino (en junio, anunció a su par británica que pospondría su anunciada visita a Londres, teniendo en cuenta las movilizaciones de protesta contra su presencia).

⁴ Leandro MORGENFELD, *El ALCA: ¿a quién le interesa?*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2006.

En este artículo, entonces, analizamos las reacciones que provocaron cada una de las visitas de mandatarios estadounidenses.⁵ Nuestra hipótesis es que las mismas condicionan la política exterior y, en particular, el conflictivo vínculo con Estados Unidos. Intentamos mostrar de qué modo lo hacen, con qué alcances y límites.

Roosevelt en Buenos Aires: una visita resonante que no alcanzó los resultados esperados

El período 1936-1946 fue de los más conflictivos en la historia de la relación entre Argentina y Estados Unidos.⁶ Uno de los ejes de tensión entre la Casa Blanca y la Rosada giró en torno a los distintos posicionamientos respecto a la segunda guerra mundial. En realidad, ya en la Conferencia de Consolidación de la Paz (Buenos Aires, diciembre de 1936) se había producido un primer choque entre ambos países, a pesar de los esfuerzos de Roosevelt por granjearse el apoyo argentino. Roosevelt fue el primer presidente estadounidense en ejercicio que visitó la Argentina.⁷ El relativo entendimiento que habían alcanzado los cancilleres Carlos Saavedra Lamas y Cordell Hull en la Séptima Conferencia Panamericana (Montevideo, 1933) no se repitió tres años más tarde, en el cónclave de Buenos Aires. El objetivo de la Casa Blanca era conseguir un compromiso de los 21 países de la Unión Panamericana para crear un mecanismo efectivo que permitiera repeler una eventual agresión extra-continental. Roosevelt, para evitar los choques con Argentina, había propuesto que Buenos Aires fuera la sede (esperando que Argentina tuviera, en su carácter de anfitrión, una actitud *cooperativa*, similar a la de la Conferencia de 1910), y hasta había viajado para inaugurar, junto al presidente Justo, el crucial cónclave. Este dato no es menor ya que, por ese entonces, los presidentes estadounidenses prácticamente nunca viajaban al exterior.

Sin embargo, las cosas no salieron según los planes del Departamento de Estado. En Argentina, luego de tres años de frustradas promesas, había escepticismo frente al postergado acuerdo comercial con Estados Unidos, que permitiera sortear las barreras impuestas por el bloque agrícola. Además, Saavedra Lamas contaba ahora con un gran prestigio internacional: había comandado las negociaciones de paz para finalizar la Guerra del Chaco, presidido la última asamblea de la Sociedad de las Naciones y recibido el Nobel de la Paz. Esta circunstancia potenciaba sus aspiraciones presidenciales y le otorgó mayor poder para dificultar la concreción del plan de Hull. En detrimento de las aspiraciones estadounidenses de potenciar las instituciones hemisféricas, sostuvo que había que adoptar una actitud *universalista*, y apostar por la organización internacional con sede en Ginebra. No podía erigirse en América, argumentaba, una Liga de Naciones paralela. Según su planteo, debía avanzarse en cinco ejes: reforzar los instrumentos ya vigentes para consolidar la paz, siempre que fueran de carácter universal y no exclusivamente americanos; establecer el compromiso de no intervenir diplomática ni militarmente en otros Estados, con la excusa de la defensa de intereses de ciudadanos o empresas

⁵ María Cecilia MÍGUEZ y Leandro MORGENFELD, "Política exterior y movimiento social..." cit.

⁶ Enrique M. PELTZER, *Diez años de conflicto entre la Casa Rosada y la Casa Blanca (1936-1946)*, Buenos Aires, Ethos, 2002.

⁷ Tras haber abandonado la presidencia, Theodore Roosevelt visitó el país en 1913, y también lo hizo Hoover en 1928, como presidente electo, y antes de asumir el mando en la Casa Blanca.

nacionales (la alusión a Estados Unidos era obvia); disponer una tregua aduanera para contrarrestar la guerra de tarifas que se expandía en el mundo (era un tiro por elevación contra el proteccionismo estadounidense en materia agrícola); reducir las restricciones sanitarias para la importación de bienes agropecuarios (un ataque directo a las medidas fitosanitarias impuestas una década atrás contra las exportaciones de carne argentina); y fomentar los transportes marítimos, en pos de un mayor comercio interamericano.⁸

Luego de múltiples negociaciones, se estableció una Convención sobre Mantenimiento, Afianzamiento y Restablecimiento de la Paz, que preveía consultas interamericanas en caso de conflictos o guerras que afectaran a países americanos. Siendo una convención, requería la aprobación de los parlamentos nacionales, proceso complejo, largo y de incierta suerte. Además, se estableció un Protocolo sobre No Intervención y una Declaración sobre Solidaridad y Cooperación Hemisférica. Esto estuvo muy lejos del compromiso concreto de solidaridad continental que ansiaba Hull, que incluía la creación de un organismo de consulta permanente. Tampoco se avanzó en una suerte de *continentalización* de la doctrina Monroe, que hubiera obligado a los países americanos a actuar conjunta y automáticamente, bajo el comando de Washington, frente a un eventual ataque europeo.

Sumner Welles, Subsecretario de Estado encargado de la relación con América Latina, realizó un balance demasiado optimista, destacando que se había aprobado todo por unanimidad, se había creado un sistema de consultas en caso de conflictos (cuyo alcance fue materia de posterior discusión e interpretación) y un compromiso de actuar solidariamente en caso de ataque exterior. Sin embargo, el precio pagado para evitar el *boicot* de la cancillería argentina fue demasiado alto. Saavedra Lamas había conseguido que la vocación europeísta de su política exterior (Ginebra debía ser el norte, y no Washington) estableciera límites claros a las pretensiones estratégicas del gigante del norte. Hull, por su parte, empezó a vislumbrar que Argentina sería el *mal vecino* del sur, como calificó al país años más tarde. Este temprano choque diplomático preanunciaba los conflictos que protagonizarían ambos países tras el estallido de la guerra mundial.

En cuanto a la reacción popular que generó la visita, hay que destacar lo siguiente. Si bien Roosevelt fue recibido por una multitud, que se concentró tras los más de 5000 agentes de las fuerzas de seguridad que realizaron un cordón durante el trayecto entre el aeropuerto y la sede de la Embajada de Estados Unidos -el presidente Justo decretó feriado nacional, para propiciar la movilización popular-, hubo un hecho destacado, que operó como una suerte de metáfora de las dificultades de la relación bilateral. Durante el discurso de apertura de la Conferencia, en el Congreso Nacional, el hijo del presidente argentino, Liborio Justo, militante antiimperialista, lo interrumpió gritando “Abajo el imperialismo yanqui”, que se coló en la transmisión radial –tras lo cual sufrió una detención por varias semanas-.⁹

Al día siguiente de su llegada, el diario *La Prensa* señaló: “no es aventurado afirmar que pocas veces la población de Buenos Aires tributó a un viajero ilustre recepción más elocuente que la dispensada ayer al primer mandatario de la Unión Franklin D. Roosevelt [...] se caracterizó la significativa demostración de simpatía de que se le hizo objeto por

⁸ Leandro MORGENFELD, *Vecinos en conflicto. Argentina frente a Estados Unidos en las Conferencias Panamericanas*, Buenos Aires, Ediciones Continente, 2011, pp. 245-254.

⁹ Rosendo FRAGA, “Justo & Roosevelt 1936”, Rosendo FRAGA, Robert POTASH, Carlos ORTIZ DE ROZAS (et. al.), *Argentina - United States of America. Encuentros presidenciales en Argentina*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría, 1999, p. 24.

su espontaneidad y por el franco auspicio popular que tuvo en todo instante [...] Estados Unidos recibió en la persona de su presidente un homenaje que superó todas las previsiones que a su respecto se hicieron.”¹⁰

El martes 1 de diciembre Roosevelt habló durante la apertura de la Conferencia y miércoles 2 de diciembre, al mediodía, ofreció ante las autoridades argentinas un almuerzo en la Embajada. En su discurso, frente a Justo, una vez más mostró la cautela en relación con el postergado acuerdo comercial bilateral. Ese día se realizó la despedida de Roosevelt. El gobierno decretó asueto de la administración nacional y municipal de la ciudad de Buenos Aires, para fomentar la participación en los actos de despedida, en la Dársena Norte del Puerto.

Eisenhower (1960): la necesidad de contrarrestar la atracción de la revolución cubana

Transcurrió casi un cuarto de siglo hasta la llegada de un nuevo presidente estadounidense. La política de Eisenhower (1953-1960) hacia América Latina generó resistencias. Lo sufrió en carne propia el vicepresidente Richard Nixon, en la gira que realizó por la región en mayo de 1958, cuando debió soportar hostilidades en Buenos Aires y otras capitales latinoamericanas. En Caracas, tuvo que ser evacuado por naves y compañías aerotransportadas de su país. Pero el mayor desafío al creciente poder de Estados Unidos en América lo constituyó el triunfo de la revolución cubana, en 1959. Cuando ésta fue radicalizándose, la Casa Blanca desplegó una política agresiva. La CIA orquestó la invasión a Bahía de Cochinos, intentó asesinar a Castro a través de operaciones encubiertas y financió a los grupos contrarrevolucionarios. Hacia febrero de 1962 se dispuso el bloqueo económico, que perdura hasta la actualidad. Pero lo que más disgustaba a Estados Unidos, además de haber *perdido* lo que hasta hacía poco era una virtual semi-colonia, era la potencial proliferación de la vía revolucionaria hacia el sur del continente.¹¹

En este contexto hay que situar la visita de Eisenhower a Frondizi, en febrero de 1960. Su hermano, Milton, protagonista de una gira regional en 1953, en la que llegó a acuerdos con Perón, le había sugerido viajar hacia al sur, entre otras cosas para contrarrestar la ascendencia cubana (Fidel Castro había estado en Buenos Aires en 1959, recibido por una multitud). Se requería la presencia del mandatario en América Latina, para demostrar que su país estaba realmente preocupado en la región. La gira incluyó a Brasil, Argentina, Uruguay y Chile. El eje del viaje fue discutir el problema de Cuba, que por varios años sería la principal preocupación de la Casa Blanca. Nuevamente hubo amplias movilizaciones, algunas a favor del mandatario y otras hostiles. La visita incluyó una breve visita a Mar del Plata -donde recibió las llaves de la ciudad, en el Hotel Provincial, a manos del intendente Teodoro Bronzini-¹² y un viaje a Bariloche, donde se hospedó dos noches en el hotel Lla-

¹⁰ Citado en Rosendo FRAGA, “Agustín P. Justo: un acercamiento en la primera visita de un presidente de los Estados Unidos a la Argentina”, CARI, *Revisando la Historia Bilateral. ¿Ha sido una constante el conflicto entre la Argentina y los Estados Unidos?*, Buenos Aires, CARI-Embajada de los Estados Unidos en la Argentina, 2017, p. 183.

¹¹ Leandro MORGENFELD, “Desarrollismo, Alianza para el Progreso y Revolución Cubana. Frondizi, Kennedy y el Che en Punta del Este (1961-1962)”, *Ciclos*, Buenos Aires, núm. 39-40, 2012.

¹² Su breve paso por la ciudad balnearia, el 27 de febrero, fue acompañado por una multitud. Según los diarios, más del 75% de la población se volcó a las calles para presenciar el paso del mandatario estadounidense. En el

Llao. La dinámica de la relación bilateral tomó la forma que después se profundizaría con la llegada de Kennedy.

Al igual que en la visita de Roosevelt de 1936, en ésta también hubo demostraciones de apoyo, y a la vez una estrategia para contrarrestar las manifestaciones hostiles. Eisenhower llegó el 26 de febrero de 1960. Como recuerda Potash, “Después de un almuerzo privado en la residencia, el presidente Eisenhower se sumó a una caravana de automóviles y, mediante un itinerario diseñado para evitar las demostraciones hostiles, se dirigió a la Casa Rosada –la casa de gobierno- donde hizo una visita oficial al presidente Frondizi y fue presentado a numerosos funcionarios gubernamentales. Desde allí fue trasladado por la Avenida de Mayo hasta el Congreso, en medio de una multitud vitoreante; muchas personas llevaban flores o carteles en los que se leía la frase ‘Queremos a Ike’, como muestra de admiración al hombre que, además de presidente de los Estados Unidos, era un héroe de guerra.”¹³

El presidente estadounidense estaba abandonando la Casa Blanca, pero resolvió realizar este viaje a la región -visitando Brasil, Uruguay, Argentina y Chile-, por consejo de su hermano Milton. A pesar de las críticas que había realizado contra Truman en 1952, acusándolo de haber abandonado el *patio trasero*, Eisenhower jamás había visitado Sudamérica. Además, debía revertir el convulsionado periplo de su vicepresidente Nixon, dos años, y la popular acogida que había recibido en 1959 el propio Fidel Castro en la capital argentina. La visita a la Argentina, en particular, tenía por objetivo dar apoyo a un interlocutor en el cono sur: “Consciente de las críticas expresadas en diversos niveles -y no sólo por parte de latinoamericanos- de que los Estados Unidos daban mayor prioridad a otras regiones del mundo, el Departamento de Estado esperaba que el viaje de Eisenhower proporcionara un verdadero estímulo para establecer relaciones más estrechas con los cuatro países que serían visitados, así como con el resto de América latina. Más específicamente con respecto a Argentina, el Departamento de Estado era plenamente consciente de las dificultades que enfrentaba el presidente Frondizi para llevar a cabo el programa de estabilización económica que el gobierno de los Estados Unidos y los bancos privados habían estado apoyando, y se esperaba que la visita del presidente Eisenhower promoviera la figura del presidente Frondizi y reforzara su capacidad para cumplir con ese programa.”¹⁴

Frondizi, en tanto, pretendía fortalecer la imagen internacional e interna de su gobierno y erigirse en vocero y representante de los países latinoamericanos, para resolver la *cuestión cubana*, anticipando una estrategia de *regateo* con Estados Unidos, que ensayaría más profundamente con Kennedy en los dos años siguientes, aunque con magros resultados.

El periplo sudamericano de Eisenhower, según la mayor parte de los historiadores y analistas, no logró su cometido: horadar el apoyo popular a la revolución cubana y convencer a los gobiernos de la región de que debían ampliar la compra de armamento estadounidense. Su biógrafo, Stephen Ambrose, lo sintetiza con ironía así: “Lo mejor que podría decirse del viaje en conjunto es que lo sacó [a Eisenhower] de Washington en una

Archivo General de la Nación (AGN) se encuentran fotografías, en las que puede constatarse la enorme cantidad de marplatenses que se volcaron a las calles.

¹³ Robert POTASH, “Frondizi & Eisenhower, febrero 1960”, Rosendo FRAGA, Robert POTASH, Carlos ORTIZ DE ROZAS (et.al.), *Argentina - United States of America...* cit., p. 42.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 38-39.

espantosa época del año y le permitió disfrutar del verano sudamericano mientras visitaba lugares que siempre había querido conocer.”¹⁵

En cuanto a la relación bilateral, según Potash, tampoco el saldo parece haber sido demasiado positivo: “De hecho, hizo poco para aumentar la popularidad de Frondizi entre los votantes argentinos, como quedó demostrado por las pérdidas que su partido sufrió en las elecciones parlamentarias celebradas sólo un mes más tarde. Eisenhower tampoco obtuvo el apoyo a la dura política anticastrista que adoptaría poco después. Sin embargo, la visita contribuyó a suavizar en cierta medida las relaciones entre los dos países. [...] Aunque las aspiraciones de Frondizi con respecto a una acería financiada con fondos privados no despertaron interés en los inversores estadounidenses, la administración Eisenhower aprobó un importante préstamo para la construcción de autopistas y viviendas, y mantuvo negociaciones para postergar las deudas de corto plazo de la Argentina.”¹⁶

Bush (1990): el apoyo al inédito alineamiento y el inicio de la sintonía con Menem

Tras la caída del Muro de Berlín, la disolución de la Unión Soviética y el fin de la *guerra fría* se estableció el *Consenso de Washington*, una serie de políticas económicas impuestas por Estados Unidos, el G7 y los organismos financieros internacionales a los países endeudados. Se les exigía una amplia reforma de los Estados, privatizaciones, mayores facilidades a las inversiones extranjeras, aumento de impuestos y ajuste en los gastos -para lograr superávit fiscal y pagar la deuda externa-. Fue una de las manifestaciones de la ofensiva del capital sobre el trabajo que signó a la etapa neoliberal. Los apologistas del imperio juzgaron que se había arribado al *fin de la historia*, que el capitalismo se había impuesto para siempre y que se había constituido un nuevo mundo unipolar, con Washington y *Wall Street* como poderes incontestables.

Menem asumió el poder en forma anticipada, en julio de 1989, y rápidamente abandonó su prédica en favor de la *revolución productiva* para dar señales de estar dispuesto a hacer los ajustes que el gran capital trasnacional requería. Su política exterior se caracterizó por un alineamiento con Estados Unidos, aunque no estuvo exento de matices. El propio canciller Di Tella sintetizó el grado de profundización de las relaciones entre la Casa Rosada y la Casa Blanca al caracterizarlas de “carnales”, epíteto que se constituyó en un símbolo de la sujeción a los mandatos de Washington. En esos años de privatizaciones, apertura de la economía, convertibilidad, ataque contra conquistas históricas de los trabajadores y caída y concentración de la producción industrial, Menem no ahorró gestos hacia su *socio* del norte. Se enviaron naves a la guerra del Golfo (primera vez que el país se involucraba activamente en un conflicto bélico fuera de América), se desmanteló la estratégica iniciativa del misil Cóndor II y de diversos proyectos de industria aeroespacial y de defensa, se votó en la ONU muchas veces según dictaba el Departamento de Estado (por ejemplo, en contra de Cuba en la Comisión de Derechos Humanos), se concretó el retiro del Movimiento de Países No Alineados, se adhirió a los tratados de no proliferación nuclear, se produjo la primera visita de un presidente peronista a Estados Unidos y de

¹⁵ Citado en Robert POTASH “Frondizi & Eisenhower...” cit., p. 59.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 59-60.

un mandatario argentino a Israel, se firmaron múltiples convenios con Washington, y se solicitó y consiguió la elección de Argentina como “aliado extra OTAN.”¹⁷

Quienes defienden esa política exterior, indicando que se hizo *lo que había que hacer*, cuestionan que se la califique como alineamiento automático, y enumeran ejemplos en los que el voto de Argentina no coincidió con el de Estados Unidos.¹⁸ Por ejemplo, en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU: por un tema de intereses comerciales, Argentina no votó contra Irán; tampoco contra China, ni coincidió con Estados Unidos en cuanto a los territorios ocupados por Israel. Creemos que enumerar estas disidencias menores no alcanza para evitar hablar de una política exterior subordinada a los intereses de la principal potencia. Claro que también había fluidos vínculos económicos con diversas potencias europeas, que competían con los capitales estadounidenses para controlar las empresas de servicios públicos que pasaban a manos privadas. No es menor tener en cuenta que Europa, a través de España, fue uno de los principales inversores extranjeros en Argentina en la década de 1990, lo cual matiza la idea de que la inserción económica internacional por ese entonces respondía exclusivamente a los intereses de Washington.

Como parte de un proyecto hegemónico histórico, y en el marco de la disputa comercial con otras potencias, Estados Unidos aprovechó su clara superioridad para plantear un proyecto ambicioso: el ALCA, que pretendía extender el Tratado de Libre Comercio de América del Norte hasta Ushuaia. A pesar de haber sido uno de los artífices de la oposición a la unión aduanera, un siglo antes, Argentina, durante el menemismo, no planteó demasiados obstáculos a la concreción de esta iniciativa. El mandatario argentino era el alumno ejemplar de Washington, y quería seguir siéndolo. Construyó una fluida relación con George Bush y su sucesor Bill Clinton, invitándolos repetidas veces a visitar el país, por entonces un modelo para el FMI. Del nacionalismo reformista peronista que reivindicaba la Tercera Posición se mutó, casi sin escalas, al *realismo periférico*, justificado por el pragmatismo. Se pasó a analizar la autonomía en política exterior en términos de *costos* económicos. Los países débiles, se decía, deben asumir su condición y no confrontar con las potencias. Lo inteligente para Argentina, sostenían los cultores de la teoría del *realismo periférico*, era alinearse con Estados Unidos.¹⁹ Eso daba seguridad jurídica, impulsaba la radicación de capitales y el flujo de créditos, claves para sostener la convertibilidad.

Menem recibió a Bush en diciembre de 1990 en un momento clave. La visita estuvo a punto de cancelarse ya que dos días antes se había producido el alzamiento carapintada, liderado por Seineldín. Bush vino al país a afianzar el vínculo con su nuevo aliado, quien instrumentaba una fuerte política de ajustes, y se aprestaba a ser el alumno modelo en aplicar el Consenso de Washington. Además, venía a agradecer el apoyo del gobierno de Menem contra el gobierno irakí, justo pocas semanas antes de que se instrumentara la operación “Tormenta del Desierto” -enero de 1991-, en la cual la Argentina participó enviando dos buques. Esa visita, entonces, fue fundamental para concretar lo que luego se dieron en llamar *relaciones carnales* con Estados Unidos, inéditas en la historia argentina.

¹⁷ Carlos ESCUDÉ y Andrés CISNEROS (dir.), *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina*, Buenos Aires, GEL, 2000.

¹⁸ Para una defensa de la política exterior menemista, véase las recientes entrevistas a Fernando Petrella y Andrés Cisneros, dos figuras clave en la Cancillería argentina en esos años, en Mario RAPOPORT, *Historia oral de la política exterior argentina (1966-2016)*, Buenos Aires, Octubre, 2016, pp. 649-681 y 701-742.

¹⁹ Carlos ESCUDÉ, *El realismo periférico*, Buenos Aires, Planeta, 1992.

El vínculo personal entre Menem y Bush, que nació en esta visita, se afianzaría poco después, cuando Menem concretó una visita de Estado a los Estados Unidos, en noviembre de 1991.

El presidente estadounidense arribó el 5 de diciembre. Ese mismo día realizaron un acto conjunto en el Palacio San Martín, en el cual Bush agradeció la participación argentina en la coalición que lideró Estados Unidos para atacar a Irak. El intercambio entre ambos mandatarios, en esa primera actividad, se ocupó especialmente de analizar la “Iniciativa para las Américas”, que había lanzado Bush poco antes, y que luego se pasaría a denominar ALCA. Tras esa reunión, partió en caravana hacia el Congreso Nacional, donde permaneció por unos 40 minutos ante los legisladores. Fue recibido por el vicepresidente Eduardo Duhalde, aplaudido por la bancada oficialista y recibido fríamente por los opositores, que lo escucharon de brazos cruzados. Allí se produjo el recordado episodio, protagonizado por el diputado de izquierda Luis Zamora, quien denunció a Bush a viva voz, cuando se presentó y fue empujado para acallarlo.²⁰

Esa misma tarde, y fuera de la agenda, Menem invitó a Bush a jugar al tenis en Olivos, a lo cual el mandatario estadounidense accedió. Por la noche, fue agasajado en la Sociedad Rural Argentina. Al día siguiente, recibió a delegaciones de entidades estadounidenses y al Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), que lo nombró miembro honorario. El 6 de diciembre, el diario *Clarín* tituló: “Rotundo respaldo de Bush a Menem. Elogió su política de privatizaciones y su decidida defensa de la democracia, y valoró la intervención argentina en el Golfo. Menem reclamó que se eliminen trabas a las exportaciones agrícolas argentina.”²¹ *La Nación*, por su parte, tituló: “Bush elogió la alineación de nuestro país tras los objetivos de Occidente.”²²

La visita, que fue parte de la puesta en escena de la nueva política exterior, subordinada a Estados Unidos como nunca antes, tuvo su correlato, un año más tarde, con el viaje de Menem al país del norte, entre el 13 y el 19 de noviembre de 1991.

Clinton (1997): la consolidación de las relaciones carnales, Argentina aliado extra OTAN

La cuarta visita presidencial se produjo seis años más tarde, en octubre de 1997, en pleno auge de las *relaciones carnales*. Menem parecía estar en su apogeo, pero enfrentaría, pocos días después, a una amplia y flamante coalición política, la *Alianza* entre la UCR y el FREPASO, que le propinaría su primera derrota electoral, a la vez que obstaculizaría el camino hacia su ansiada re-reelección. El presidente Clinton aprovechó la oportunidad para anunciar que había notificado al Congreso de su país su iniciativa de designar a la Argentina como “aliado extra-OTAN”. Sería parte, entonces, del selecto grupo de aliados de Estados Unidos que integraban Australia, Egipto, Israel, Japón, Jordán, Corea del Sur y Nueva Zelanda.

Si en la visita anterior el país atravesaba todavía una de las crisis económicas más graves de su historia, en esta oportunidad Argentina era exhibida como el ejemplo a imitar

²⁰ Carlos ORTIZ DE ROZAS, “Menem & Bush. Diciembre de 1990”, Rosendo FRAGA, Robert POTASH, Carlos ORTIZ DE ROZAS (et. al.), *Argentina - United States of America...* cit., pp. 67-95.

²¹ *Clarín*, 6 de diciembre de 1990, p. 1.

²² *La Nación*, 6 de diciembre de 1990, p. 1.

por los demás países emergentes. Buena parte de las conversaciones bilaterales giraron en torno a la concreción del proyecto del ALCA, que Estados Unidos estaba discutiendo formalmente desde la Cumbre de las Américas de Miami, y sobre el que se avanzaría en la siguiente cumbre de mandatarios americanos, prevista para pocos meses después en Santiago de Chile.

Los siete años que habían transcurrido desde la visita de Bush habían modificado el vínculo bilateral: “Las exportaciones de productos estadounidenses a la Argentina pasaron de 1.100 millones en 1990 a más de 5.000 millones en 1997. La inversión directa estadounidense creció de 2.000 millones en 1991 a 12.000 millones en 1997. Con el establecimiento del primer programa de anulación del visado en toda América Latina, los argentinos empezaron a viajar multitudinariamente a los Estados Unidos, superando el número de viajeros a Europa por primera vez en la historia. El alcance del increíble cambio en la relación bilateral fue perfectamente resumido por el ministro de Relaciones Exteriores, Guido Di Tella, que describió repetidas veces el nuevo estado de cosas como ‘relaciones carnales’, para demostrar el grado de cercanía que ambos países habían alcanzado.”²³

El presidente estadounidense, proveniente de Río de Janeiro, llegó a Buenos Aires el 15 de octubre. En su primera actividad formal, al día siguiente, anunció que su intención de sumar a la Argentina al club de amigos de la OTAN. Luego hubo una reunión con Menem en la Casa Rosada, en la cual se acordó continuar con las negociaciones para crear, hacia el año 2005, un área de libre comercio continental: “Como dije en Brasil, el Mercosur es bueno y no es incompatible con el ALCA.”²⁴ También conversaron sobre Malvinas, Cuba, terrorismo, lucha contra el narcotráfico y otros temas.

Clinton no sólo se reunió, en el Hotel Sheraton y junto a su Secretaria de Estado Albright, con los cinco líderes de la Alianza -Alfonsín, De la Rúa, Terragno, Álvarez y Fernández Meijide-, sino también con entidades judías, que reclamaban por el esclarecimiento del atentado contra la Embajada de Israel (1992) y contra la AMIA (1994). La primera dama, Hillary Clinton, pronunció un discurso sobre las mujeres en el teatro Colón, ante más de 1000 asistentes, y aprovechó la ocasión para reunirse con la presidente de Abuelas de Plaza de Mayo, Estela Carlotto. El presidente celebró, en la sede del gobierno porteño, una entrevista televisada con representantes de la juventud de distintos países latinoamericanos. También hubo una recorrida turística por “Caminito”, en La Boca y una cena y baile en la Sociedad Rural Argentina.

Esta vez sí hubo una nutrida movilización de organizaciones sociales y políticas que se manifestaron, frente a la Embajada estadounidense, para rechazar la presencia del mandatario estadounidense. Lo hicieron frente a la Embajada, a pocos metros de la sede de la Rural, lo cual concitó la atención de la prensa local e internacional.

Como en la visita de Eisenhower, el presidente Clinton también viajó al sur y se hospedó en el hotel Llao-Llao. Allí jugó al golf con Menem y firmaron la Declaración de Bariloche, en la que se comprometían a abordar el tema del cambio climático, reduciendo las emisiones de gases causantes del efecto invernadero. Las candidas imágenes de ambos mandatarios jugando al golf fueron un símbolo de la consolidación del alineamiento externo de la Argentina. Las protestas, aunque incipientes, anticiparon lo que ocurriría unos años después, con la visita de Bush Jr.

²³ Víctor Manuel ROCHA, “Menem & Clinton. Octubre de 1997”, Rosendo FRAGA, Robert POTASH, Carlos ORTIZ DE ROZAS (et. al.), *Argentina - United States of America...* cit., p. 99.

²⁴ Citado en *La Nación*, 17 de octubre de 2017.

Bush (2015): el NO al ALCA y el rechazo continental a un presidente guerrerista

La visita de Bush a Mar del Plata, en noviembre de 2005, es quizás la más recordada. Si a lo largo de la historia hubo manifestaciones populares contra la presencia de representantes estadounidenses -Nixon, Rockefeller, Clinton-, la marcha y los actos contra Bush superaron todas las expectativas. Hay que destacar que, a diferencia de las tres anteriores, esta visita no fue de carácter bilateral, sino que el mandatario estadounidense llegó al país como el resto de sus pares del continente, para participar en la IV Cumbre de las Américas.

El cónclave se realizó en Mar del Plata el 4 y 5 de noviembre de 2005 en un contexto crítico que signó la derrota del ALCA. Si bien este proyecto no estaba formalmente en la agenda de la reunión, el jefe del gobierno de Canadá intentó incluirlo, luego del discurso de apertura de Néstor Kirchner, que había sido crítico del neoliberalismo y del *Consenso de Washington*. El fuerte apoyo de Bush, Fox y otros mandatarios no alcanzó para torcer la voluntad de los mayores países de América del Sur. El presidente Lula también lanzó un encendido ataque contra el ALCA y contra el avance del libre comercio, en tanto los países centrales mantuvieran diversas formas de proteccionismo no arancelario. La línea de intervención fue similar a la desplegada en la Cumbre de la OMC realizada en Cancún dos años antes. En el acta final debió expresarse esa divergencia entre quienes querían retomar las negociaciones para establecer el ALCA y quienes pretendían descartar el proyecto. En los hechos, nunca más volvió a discutirse un acuerdo de esa envergadura.

Así lo recuerda Rafael Bielsa, el canciller argentino, en una reciente entrevista: “Mientras en el Hotel Hermitage de Mar del Plata, el viernes 4 de noviembre de 2005, se sucedían las retóricas iniciáticas de la IV Cumbre de las Américas, yo tenía preocupaciones adicionales a las protocolares y auditivas. Distintas versiones, alentadas y exaltadas por cierta prensa aborigen, indicaban que si no había acuerdo sobre incluir en la declaración final un señalamiento del ALCA, el presidente George W. Bush no vendría a Argentina. ‘El hombre más poderoso del mundo’, escandalizaban. Discutíamos con la secretaria de Estado Condoleezza Rice lo que en diplomacia se llama ‘wording’, esto es, el texto consensuado de un acuerdo. En mi habitación del hotel, la imaginación y la clara instrucción política de Néstor Kirchner de no conceder lo perjudicial para nuestro país y la región, convivían con las sonrisas socarronas que imaginábamos dibujarse en quienes deseaban que Bush no viniera, lo que iban a presentar como un ridículo de la diplomacia argentina y del país. Redondeamos un texto y se lo leímos a Rice: ‘No es lo que necesitamos’, nos respondió. No era lo que necesitaban los EE.UU., traducimos, antes de volver a las vocales y las consonantes. Como escribas monásticos en nuestro ‘scriptorium’, los manuscritos pasaban de mano en mano.”²⁵

El fracaso del proyecto estadounidense del ALCA tuvo que ser aceptado cuando no pudo aprobarse su continuidad en este cónclave presidencial, tal como pretendía Estados Unidos. Allí se expresaron, en principio, dos bloques. Por un lado, los países que firmaron la propuesta de declaración apoyada por Estados Unidos, que planteaba avanzar en la negociación de un acuerdo de libre comercio como el ALCA. Por otra parte, Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay –los por entonces cuatro miembros plenos del Mercosur- y Venezuela,

²⁵ Entrevista a Rafael Bielsa, en Mario RAPOPORT, *Historia oral de la política exterior argentina...* cit., p. 755.

que se unieron para forzar una declaración final dividida (mientras que 29 países apoyaron la primera, 5 avalaron la segunda). Sin embargo, y pese al intento de diversos actores por presentar la postura de estos cinco países como un sólido “bloque antiimperialista” que defendía los intereses de las mayorías populares latinoamericanas, en realidad es necesario preguntarse si no hay una diferencia entre las posturas de Venezuela y de los otros cuatro países. Mientras que Venezuela sí construía un proyecto de clara confrontación con Estados Unidos, tanto Brasil como Argentina, al igual que en la Organización Mundial del Comercio (OMC), pretendían en las negociaciones continentales presionar para que Estados Unidos (y a nivel global también Europa y Japón), disminuyeran su protección a sus productores primarios, logrando así una liberalización más radical del comercio internacional. Si se les exigía la apertura de sus mercados internos, planteaban los representantes brasileros y argentinos, era indispensable que hubiera una contraprestación: que se abrieran los mercados de europeos y estadounidenses para las exportaciones -mayoritariamente primarias o agroindustriales- de estos países. El proyecto del ALCA, como dijo Chávez, fue finalmente “enterrado” en Mar del Plata en noviembre de 2005.²⁶

Hubo una inmensa movilización en las calles de Mar del Plata, con dos consignas fundamentales: “No al ALCA” y “Fuera Bush de la Argentina”. El mandatario estadounidense era especialmente resistido por haber invadido Irak, en 2003 -en febrero de ese año hubo una masiva movilización en Buenos Aires, al igual que en otras grandes ciudades de todo el mundo, repudiando el inminente ataque unilateral contra Irak, con información falsa sobre armas de destrucción masiva, y sin el aval de las Naciones Unidas-.

Bush se marchó disgustado por la derrota política que le habían propinado en la cumbre. En la Argentina, aquella cumbre se convirtió en el símbolo del abandono de la subordinación a Estados Unidos. En la década siguiente, ni él ni Obama visitaron la Argentina ni tampoco recibieron en Washington a Néstor ni a Cristina Kirchner. La relación bilateral alcanzó altos niveles de distanciamiento.

Obama (2016)

Los últimos meses de Obama en la Casa Blanca fueron favorables a los objetivos de Estados Unidos: se produjeron retrocesos de los llamados gobiernos progresistas, al mismo tiempo que Obama incrementó su presencia regional, lo cual se materializó en una gira muy significativa.

La visita de Obama a Cuba y Argentina, en marzo del 2016, respondió a distintos objetivos, el principal, de carácter geoestratégico. Para reposicionarse en la región, Estados Unidos procura debilitar a los países bolivarianos y también limar las iniciativas autónomas que impulsó el eje Brasil-Argentina. Apuesta a un realineamiento del continente y busca debilitar las iniciativas de coordinación y cooperación política, como la UNASUR y la CELAC, reposicionando a la OEA, cuya sede está en Washington, a escasos metros de la Casa Blanca.

Durante su segundo mandato, Obama inició negociaciones con Raúl Castro para retomar las relaciones diplomáticas -hito concretado el 20 de julio de 2015-, para disminuir

²⁶ Sobre los entretelones de la Cumbre de Mar del Plata, véase el apartado “El No al ALCA”, en la entrevista a Jorge Taiana, entonces Vicecanciller y a cargo de la organización del cónclave, en Mario RAPOPORT, *Historia oral de la política exterior argentina...* cit., pp. 808-815.

el rechazo que la anterior política agresiva hacia la isla generó en el mundo entero, pero aún resta mucho para normalizar las relaciones bilaterales -persisten el bloqueo, la ocupación de Guantánamo, la injerencia en los asuntos internos y la demanda de indemnización por las pérdidas multimillonarias que causó el bloqueo. El ex mandatario estadounidense buscaba pasar a la historia, al haber sido el primero en visitar Cuba en 88 años y, a la vez, apostaba a impulsar la restauración capitalista en la isla y un movimiento político que reclame el fin de la revolución. Su promocionada llegada a La Habana tuvo como objetivo mostrar la cara más amigable de su política exterior. Sin embargo, al mismo tiempo ratificaba y extendía por un año más el decreto de marzo de 2015, que señala al gobierno venezolano como una amenaza extraordinaria a la seguridad nacional de Estados Unidos. Más allá de que la visita a Cuba respondía a los objetivos estratégicos mencionados, esa política de distensión le generó críticas internas de los sectores más anticastristas -incluyendo las del por entonces precandidato presidencial republicano Marco Rubio-, por lo cual Obama “equilibró” la gira, incluyendo a la Argentina.

El triunfo de Mauricio Macri, en el *ballotage* de noviembre de 2015, alentó la restauración conversadora en Nuestra América, que continuó con la derrota del chavismo en las elecciones legislativas en Venezuela (diciembre de 2015), el traspie de Evo Morales en su intento de habilitar una nueva reelección en Bolivia (febrero de 2016) y la ofensiva destituyente contra el gobierno de Rousseff en Brasil, concretada luego con su separación del cargo para ungir al ilegítimo Michel Temer. Hasta ahora la derecha solo logró recapturar mediante elecciones un nuevo gobierno, en la Argentina, y Obama buscó impulsar a Macri como un líder que termine de inclinar el tablero político regional, atacando a los adversarios de Washington, como lo hizo el líder del PRO en la cumbre del Mercosur de diciembre pasado, cuando acusó a Venezuela de no respetar los derechos humanos.

La gira de Obama tuvo como objetivo, también, impulsar el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (conocido como TPP, por sus siglas en inglés). Si bien la Argentina no era uno de los 12 signatarios originales de este acuerdo, firmado en febrero de 2016 -y que aguardaba la ratificación de los congresos de cada país, hasta que Trump prácticamente lo sentenció a muerte en enero de 2017-, la expectativa, tal como declararon Macri y su entonces canciller Susana Malcorra, era que el país se aproximara a la Alianza del Pacífico (México, Colombia, Perú y Chile), y eventualmente se incorpore al TPP. La incorporación de Argentina como observadora en la Alianza del Pacífico, y la participación del propio Macri como invitado en la cumbre de esa organización que se realizó el 1 de julio fueron un avance más en esa dirección. Esa reedición de una suerte de nuevo ALCA, con el que Estados Unidos procura horadar la expansión económica y comercial china, hubiera implicado una mayor apertura económica y una disminución aún mayor del alicaído mercado interno argentino, en beneficio de las grandes transnacionales estadounidenses y en perjuicio de las pequeñas y medianas empresas locales y de los trabajadores en general. Hubiera provocado, además, un golpe fuerte al Mercosur, que atraviesa un momento de incertidumbre, a partir de la crisis económica y política en Brasil, de la suspensión de Venezuela y de las presiones para flexibilizarlo.

Obama también viajó a la Argentina a promover las inversiones estadounidenses y los intereses comerciales de sus empresas. Su gobierno criticó fuertemente a los Kirchner por el supuesto proteccionismo que limitaba las importaciones, pero en realidad Estados Unidos goza de un amplio superávit comercial con la Argentina y protege a sus productores agropecuarios con medidas paraarancelarias, provocando pérdidas millonarias para

nuestro país, que hace tres años debió recurrir a la OMC para frenar esas arbitrariedades. Como es habitual, el presidente estadounidense hizo *lobby* para que las empresas de su país -muchas de las cuales dependen de acuerdos con el estado, como el caso de la petrolera *Chevron*- obtengan tratos preferenciales por parte del gobierno argentino. Con este objetivo la Cámara de Comercio de Estados Unidos en la Argentina organizó una gran actividad, en las imponentes instalaciones de la Sociedad Rural Argentina, a la cual finalmente Obama y Macri no asistieron para evitar la movilización de agrupaciones populares de izquierda que marcharon allí para repudiarlos, tal como había ocurrido con Clinton casi 20 años antes.²⁷

La visita pretendió, además, que dependencias del gobierno de Estados Unidos, como el Pentágono o la DEA, recuperen posiciones y puedan tener una injerencia mayor en temas internos muy sensibles, como el de la seguridad. Con la excusa del narcotráfico y el terrorismo, en los últimos años Estados Unidos desplegó decenas de bases militares de nuevo tipo por toda Nuestra América. En la mayoría de los países de la región se viene cuestionando este intervencionismo estadounidense, planteando el fracaso de la *guerra contra las drogas* promovida desde el gobierno de Nixon en los años 70, cuestionando instituciones heredadas de la *guerra fría* como el TIAR e impulsando su reemplazo por otras nuevas, como el Consejo Suramericano de Defensa. A contramano de esa tendencia, desde el macrismo se explora un nuevo alineamiento. La ministra de seguridad Patricia Bullrich viajó a Washington en febrero del año pasado, donde se reunió con funcionarios de la DEA y el FBI, en función de profundizar la "cooperación". Parte de los acuerdos bilaterales firmados durante la visita de Obama tienen que ver con avanzar en esa línea. Poco después, se conoció la preocupante iniciativa estadounidense de crear una base "científica" en Tierra del Fuego, cerca de la Antártida y el paso bioceánico.

Con la visita de Obama, entonces, la Casa Blanca procuró transformar a la Argentina, que tantas veces en la historia dificultó sus proyectos hegemónicos a nivel continental, en el nuevo aliado que legitime el avance de las derechas en la región. El mandatario estadounidense lo repitió varias veces en Buenos Aires: Macri es el líder de la nueva época, el ejemplo a imitar.

En términos simbólicos e ideológicos, el balance es más complejo. Si nos dejamos llevar por la cobertura mediática, parece que la Argentina se transformó en días, del país más antiestadounidense del mundo al más pro-yanqui. El nivel de embelesamiento de noteros y periodistas no necesariamente hay que tomarlo como el termómetro del humor social. Por supuesto que Obama no es Bush. Carismático, locuaz y culto, sabe encandilar a las audiencias, como bien mostró en la Usina del Arte. Sin embargo, y a diferencia de lo que ocurrió en otras visitas, tampoco logró movilizar simpatizantes. Salvo unas decenas de curiosos, que los canales de televisión mostraron profusamente, no hubo muestras masivas de apoyo. Nada parecido a las visitas de Roosevelt o Eisenhower. Al cuestionado acto en el Parque de la Memoria, no asistieron ni las Madres, ni las Abuelas, ni los HIJOS, ni los Familiares, ni tampoco simpatizantes del PRO. En contraste, las marchas en todo el país, a 40 años del Golpe, fueron contundentes. La Plaza de Mayo fue desbordada por cientos de miles de manifestantes, como nunca antes. Hubo encendidas críticas al rol de Estados Unidos durante la dictadura, y también a las formas actuales de injerencismo y a la

²⁷ Leandro MORGENFELD, "El amigo americano. Obamanía en la Argentina", *Anfibia*, 25 de marzo de 2016.

violación de los derechos humanos por parte de Estados Unidos (Estela Carlotto mencionó específicamente la cárcel de Guantánamo).²⁸

Justamente la llegada de Obama en una fecha tan poco feliz, que suscitó numerosos debates y críticas, logró lo más positivo, el anuncio de la desclasificación de archivos militares y de inteligencia de Estados Unidos sobre la dictadura. Quienes trabajen con esos documentos, podrán conocer más exactamente el Plan Cóndor, el rol de la Escuela de las Américas, la cobertura diplomática de los dictadores y los vínculos con civiles y militares locales. También, quizás, se aporte información para avanzar en los juicios a los represores. La esperada autocritica de Obama, que no fue tal, buscó limpiar la imagen de Estados Unidos e impulsarlo como el gran defensor de los derechos humanos en la actualidad (a pesar de los asesinatos selectivos con drones, de la legalización de la tortura, del espionaje masivo contra ciudadanos y gobiernos a través de la Agencia de Seguridad Nacional, conocida por sus siglas en inglés como NSA), y erigir a Macri como el baluarte regional del uso instrumental de ese tema tan sensible (pensado para atacar a gobiernos no alineados, como el venezolano o el cubano, pero no al de Honduras, a pesar, por ejemplo del reciente asesinato de la dirigente campesina Berta Cáceres). Más allá de la ofensiva ideológica y mediática continental, las calles argentinas, donde se expresan también las correlaciones de fuerzas sociales, mostraron que la utilización de los derechos humanos para reinstalar una agenda conservadora en el continente no calaron en la Argentina.

Lo que dejó esta gira de Obama, en los aspectos materiales, pero también simbólicos, es un realineamiento más cercano al que impulsó Menem hace un cuarto de siglo. Claro que la vuelta al redil de Washington se instrumenta con dosis cuidadosas de marketing. Hubo debate en el gabinete y entre los asesores de Macri: ir o no ir a jugar al golf con Obama en Bariloche. Primó lo segundo, para evitar una foto como la de Menem con Bush en la cancha de tenis de la Quinta de Olivos o con Clinton haciendo unos hoyos en las inmediaciones del Nahuel Huapi. Hubiera sido una imagen demasiado indigerible para un 24 de marzo. La vuelta a las *relaciones carnales* esta vez está presentada como una *vuelta el mundo*.

Conclusiones

Este artículo se enmarca en una investigación de más largo aliento, en la cual se analizan no sólo las visitas presidenciales, sino también otras muy significativas, que generaron fuertes reacciones en la Argentina y modificaron la relación con Estados Unidos: el secretario de Estado Root (1906), quien viajó desde Brasil a negociar la venta de buques de guerra -primera vez que un canciller estadounidense visitó el Cono Sur-; el presidente electo Hoover (1928), quien realizó una gira antes de asumir y llegó hasta Buenos Aires a entrevistarse con Yrigoyen y lanzar la política del “buen vecino”, luego de la dura argentina que defendió Honorio Pueyrredón en la Conferencia Panamericana realizada en febrero de ese año; el enviado presidencial, Milton Eisenhower (1953), quien viajó en representación de su hermano, para negociar con Perón la Ley de inversiones extranjeras; el vicepresidente Richard Nixon (1958), quien visitó Buenos Aires en el marco de una gira latinoamericana en la que fue ampliamente repudiado y agredido; el gobernador neoyorkino y enviado presidencial Nelson A. Rockefeller (1969), quien se

²⁸ Página/12, 25 de marzo de 2016.

entrevistó con Onganía como parte de una gira por veinte países latinoamericanos, para relanzar las relaciones con la región; la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (1979), que llegó a Buenos Aires, tras una ardua negociación entre el gobierno de Carter y el de Videla para evaluar las denuncias contra la dictadura por el terrorismo de estado; y el Secretario de Estado Alexander Haig (1982), quien visitó a Galtieri en marzo de 1982, como mediador en el conflicto con Gran Bretaña por Malvinas.

Cada una de las visitas analizadas en este artículo generó una singular reacción interna, que estudiamos en función de determinar en qué medida condicionaron las políticas exteriores y en particular el vínculo con Estados Unidos. Si bien son varios los autores que han llamado la atención sobre la importancia de los factores internos en la adopción de determinada política exterior, son pocos los estudios específicos que desarrollan en profundidad dichos condicionantes. Escasean aún más los trabajos que, desde una perspectiva histórica, puedan interpretar el entramado entre dichos condicionantes y el escenario internacional. En general, cuando se abordan las variables internas, éstas quedan reducidas al accionar del poder ejecutivo y de la cancillería -actores centrales sin dudas- sin dar lugar a otras fuerzas sociales y políticas que también se expresan y tienen su injerencia. En este artículo, abordamos el contexto de la relación bilateral en el momento de cada visita, los objetivos de cada gobierno y las reacciones que suscitaron en la Argentina, tanto a favor como en contra de la profundización del vínculo bilateral.

La historia de la relación entre Argentina y Estados Unidos muestra algunas constantes tensiones. Salvando períodos particulares (presidencias de Guido, Onganía, Menem, De la Rúa y Macri) en general la relación entre Buenos Aires y Washington fue distante o conflictiva. Excepto en circunstancias históricas acotadas (momentos de los gobiernos de Yrigoyen o Perón, por ejemplo), la oposición a Estados Unidos no se vinculaba a políticas autonomistas, nacionalistas ni mucho menos antiimperialistas, sino más bien con una alianza (subordinada) entre las clases dirigentes locales y distintas potencias extracontinentales. La relación tuvo muchos puntos de inflexión, algunos marcados justamente por las estratégicas visitas presidenciales. En este artículo abordamos esas coyunturas especiales de la relación bilateral, para ver cómo se condensaban en esos momentos las fuerzas centrífugas y centrípetas que incidían (e inciden) en el vínculo entre Argentina y Estados Unidos. En cada visita se discutieron las alternativas de la relación bilateral, se plantearon los intereses y reclamos de cada parte, se negociaron y firmaron acuerdos y declaraciones y se expresaron, por distintas vías, los posicionamientos internos en torno al vínculo con la primera potencia mundial.²⁹

Los mandatarios y representantes estadounidenses que nos visitaron debieron, en algunas oportunidades, enfrentar movilizaciones callejeras, escraches y expresiones artísticas contestatarias, pero también las presiones de distintos sectores, para lograr concesiones o para ampliar negocios.

El tema de las visitas de presidentes de Estados Unidos no sólo tiene relevancia histórica, para comprender más cabalmente las relaciones bilaterales, sino tiene una gran actualidad. La visita de Obama, el año pasado, permitió al gobierno de Macri escenificar la nueva inserción internacional y el renovado alineamiento con Estados Unidos. Si bien el triunfo de Trump trastocó sus planes, este año hubo un intento de continuar con la política

²⁹ Leandro MORGENFELD, *Relaciones Peligrosas. Argentina y Estados Unidos*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012.

anterior. Macri visitó la Casa Blanca, el 27 de abril pasado, y el 15 de agosto recibió al vicepresidente Mike Pence. Para octubre, en tanto, se anunció una nueva visita de Barack Obama, organizada por el ex embajador en Buenos Aires, Noah Mamet, para asistir a una cumbre de energía renovable en Córdoba. Asimismo, en 2018 está prevista la visita de Trump, para participar en la Cumbre presidencial del G20, que se realizará en Buenos Aires en el segundo semestre de ese año. Está por verse si la misma tendrá un clima interno similar al de la visita de Obama, o se parecerá más a la de Bush, en 2005, que generó una masiva movilización de repudio. Una vez más, esa visita, la séptima de un presidente estadounidense, será un termómetro de la siempre compleja relación bilateral.